

# ¿Arquitectos o administradores? Sobre el mito de los monjes constructores en el Císter

CARLES SÁNCHEZ MÁRQUEZ  
UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

*Architects or supervisors?  
The myth of the monk as an architect  
in the Order of the Cistercians*

RECIBIDO: 21-01-2019

EVALUADO Y ACEPTADO: 06-03-2019

TERRITORIO, SOCIEDAD Y PODER, N° 14, 2019 [PP. 85-105]



RESUMEN: El célebre comentario de Orderic Vital sobre cómo los cistercienses construían las abadías con sus propias manos, junto a la existencia de algunas evidencias iconográficas que muestran a eclesiásticos participando en la construcción, ha dado lugar a una leyenda que sigue viva en la actualidad: la creencia que la arquitectura cisterciense fue obra casi exclusiva de los arquitectos y artesanos monásticos. El presente trabajo tiene como objeto dar res-

puesta a ciertos interrogantes que todavía giran alrededor de este debate historiográfico. Para ello, se propone un análisis de las fuentes primigenias de la Orden, así como de diversos casos-estudio de maestros de obra conversos y laicos documentados en los reinos hispanos.

PALABRAS CLAVE: Císter. Orderic Vital. Monjes-arquitectos. San Bernardo. *Operarius. Magister operis*,

ABSTRACT: The famous comment of Ordericus Vitalis about how the Cistercian monks built monasteries with their own hands, together with some iconographic examples involving builder monks, have given rise to a legend that is still alive: the conviction that Cistercian architecture was produced almost entirely by monastic architects and craftsmen. The present paper aims to

answer to some questions of this discussion. For that purpose, the primary sources of the Order and different case studies of lay builders and *conversi* in the Hispanic kingdoms has been analyzed.

KEYWORDS: Order of Cistercians. Orderic Vital. Monks-builders. Saint Bernard. *Operarius. Magister operis*,

## I. LAS BASES TEÓRICAS DEL DEBATE HISTORIOGRÁFICO

Entre los notables debates artísticos que conocemos sobre la arquitectura cisterciense, la discusión sobre los monjes constructores ha sido la que, sin duda, ha suscitado un mayor interés en la historiografía artística, alcanzado, incluso, una visión un tanto mitificada. Desde mediados del siglo XIX diversos estudiosos se han cuestionado si los cistercienses contaron verdaderamente con arquitectos entre sus monjes y conversos o, por el contrario, tuvieron que recurrir a maestros de obra laicos.

Lo cierto es que a partir de algunas noticias extraídas de la documentación de la Orden se ha pretendido justificar dos cuestiones presumiblemente interrelacionadas: por un lado, que las fábricas cistercienses fueron alzadas casi exclusivamente por arquitectos (monjes y conversos) pertenecientes a la comunidad monástica; por el otro, que estos «monjes constructores» se trasladaron de un territorio a otro para diseñar y dirigir las obras de edificación de nuevos monasterios según el modelo arquitectónico de Claraval, que sería transmitido a sus filiales. En realidad, ambas cuestiones son discutibles y merecen una profunda revisión partiendo del análisis de las fuentes. El objetivo de este artículo no es otro que ahondar en los argumentos en los que se sustenta la teoría de los monjes constructores y resolver algunas incógnitas sobre sus verdaderas atribuciones profesionales.

Para encontrar los orígenes de esta polémica debemos remontarnos a la segunda mitad del siglo XIX. En este momento, la idea del «artista monástico» conocedor de las artes se fragua a través de los estudios publicados por Lenoir (1852), el abad Texier (1856), o el conde de Montalembert (1860-1877, VI), entre otros, que recopilaron diversas noticias documentales relativas a eclesiásticos (entre ellos abades) con supuestos conocimientos en el campo de la arquitectura<sup>1</sup>. La historiografía quiso ver en esta serie de noticias una prueba inequívoca de la existencia de monjes constructores formados en el seno de las comunidades monásticas, que habrían tenido una función determinante en la edificación de la Europa medieval:

*Quand nous disons que les innombrables églises  
monastiques, répandues sur la surface de l'Europe  
entière, furent construites par les moines, il faut*

<sup>1</sup> Probablemente el ejemplo más conocido sea el de Guglielmo da Volpiano (962-1031), abad de San Benigno de Dijon, al que la literatura artística tradicionalmente ha atribuido el rol de arquitecto. Esta afirmación se basa en la lectura de la *Crónica de San Benigno de Dijon* (hacia 1057), que presenta al «venerable abad dirigiendo a los maestros y dándoles las indicaciones para el trabajo» (*reverendus abbas magistro conducendo et ipsum opus dictando*, Bougaud y Garnier, 1875: 138). Contrariamente a lo sugerido, creo que no debemos interpretar el texto como un conocimiento real de la arquitectura por parte del abad, sino que se trata de una declaración de su rol como comitente de la iglesia de San Benigno de Dijon. En mi opinión, es un error otorgar el estatus de «arquitecto» a cada comitente eclesiástico mencionado en un documento como constructor de una catedral o una abadía. Preparados para una carrera eclesiástica, abades y obispos raramente habrían recibido una formación artística.

*entendre l'assertion dans le sens littéral. Ils furent, en effet, non-seulement les architectes, mais encore les maçons de leurs édifices: après avoir dressé leurs plans, dont la noble et savante ordonnance excite encore notre admiration, ils les exécutaient de leurs propres mains, et, en général, sans le secours d'ouvriers étrangers* (Montalembert 1856, VI: 246).

Si bien fueron Montalembert y sus contemporáneos los defensores más destacados de esta línea de pensamiento, el mito de los monjes constructores en el Císter tomó mayor consistencia a mediados del siglo XX, en los textos de Marcel Aubert y Anselme Dimier, autores de dos influyentes estudios sobre la arquitectura de la Orden (Aubert, 1947, II: 95-105; Dimier 1964: 108-113). En ellos se advierte una defensa vehemente del papel desempeñado por monjes y conversos en la construcción de los monasterios cistercienses. Según Aubert, tan solo en casos excepcionales, y ya en fechas muy tardías, las fábricas habrían sido dirigidas por constructores laicos:

*Ainsi, bien souvent, les maîtres d'œuvre des abbayes cisterciennes furent des moines et des convers, mais de même que l'on dut quelquefois louer des ouvriers, pour aider les moines et les convers dans les travaux de maçonnerie et de charpente, de même nous avons la preuve que dans quelques cas, assez rares semble-t-il, et généralement pour des époques assez avancées au moyen âge, les maîtres d'œuvre furent des laïcs* (Aubert, 1947, II : 99).

Las ideas de Aubert y Dimier suponían la aplicación al ámbito del Císter de una teoría más amplia sobre el perfil del artista monástico, que como hemos visto tenía ya detrás una importante tradición historiográfica. Progresivamente, la hipótesis de los monjes constructores fue asumida de modo general por la historiografía europea, que durante el último cuarto del siglo XX mantuvo que tanto monjes como conversos tomaron parte activa de la arquitectura (Lekai, 1977: 437; Romanini, 1992: 416-422; Ascani, 1993: 817-835;

Williams, 1998:196-199), si bien debieron contar con la ayuda de mano de obra laica (Fergusson, 1984: pp. 14-29<sup>2</sup>; Valle Pérez, 1982, I: 36-37).

Contrariamente, una parte de la historiografía manifestó una posición antagónica a la convicción generalizada de los monjes constructores, definiendo la intervención eclesiástica en la arquitectura como un fenómeno poco frecuente, que se produjo únicamente en circunstancias excepcionales (Thompson, 1920: 1-25; Knoop y Jones, 1933; Du Colombier, 1973: 43; Halsey, 1986: 67-68; Bialoskorska, 1994: 57-85; Coldstream, 1998: 38; Untermann, 2001; Lepsky y Nußbaum, 2005; García Flores, 2010: 78-79).

Sea como fuere, hasta el momento han sido constatados una serie de hechos, pero no he aludido a la base que los sustenta. Cabe preguntarse, llegados a este punto, cuál o cuáles han sido los argumentos en los que se fundamenta la historiografía para propugnar con tanta insistencia este fervoroso ideal de los monjes constructores. En este sentido, los trabajos publicados sobre esta cuestión se han apoyado en tres argumentos fundamentales.

El primero de ellos es el célebre comentario que el monje Orderic Vital hizo en su *Historia Ecclesiastica* (1128), sobre como los monjes construían los nuevos monasterios cistercienses con sus propias manos: «Todos los monasterios de los cistercienses se construyen en desiertos o en medio de bosques y los religiosos los levantan con sus propias manos». (Migne, t. 188, col. 641<sup>3</sup>)

El segundo argumento utilizado por la historiografía son dos evidencias iconográficas tardías en las que aparecen monjes y conversos dedicados a la construcción de su monasterio. La primera, una pintura sobre tabla de la abadía de Maulbronn (Alemania) realizada alre-

<sup>2</sup> *Construction was not carried out exclusively by hired labor, however. A percentage of the monastic community also played a prominent role. This would make sense as a matter of economy—the survival of the early communities was frequently marginal—and in addition because manual labor was an essential part of the Rule of St. Benedict, which, in turn, was basic to the Cistercian reform. To suppose that the Cistercians excluded building as a category of manual labor is inherently unlikely and, as will be seen below, there is indisputable evidence that certain monks and laybrothers worked on building projects.*

<sup>3</sup> *In sedertis atque silvestribus locis monasteria proprio labore condiderunt, et sacra illis nomina solerti provisione imposuerunt.*



Fig. 1. Pintura sobre tabla de la abadía de Maulbronn (Alemania) realizada alrededor del año 1450.

dedor del año 1450 que formaba parte de un tríptico (Waeber-Antiglio, 1976: 90; France, 1998: 203). En ella aparecen siete monjes tonsurados trabajando en la construcción de la iglesia (Fig.1). En la parte superior un monje camina dentro de una grúa de rueda conectada a una polea, que eleva un balde de mortero hasta un eclesiástico situado en la terraza. En el centro de la pintura un monje sentado en un taburete con una escuadra en sus pies talla un sillar; a su derecha otro prepara el mortero, mientras que el representado a su izquierda talla un sillar. La escena culmina en la parte inferior con dos monjes-carpinteros cortando dos grandes bigas.

La segunda representación es un dibujo de inicios del siglo XVI, hoy en el Germanisches Museum de Nürnberg, en el que aparecen únicamente conversos del monasterio de Schönau, dedicados a la construcción de la abadía (France, 1998: 204). Algunos extraen piedras de la cantera y la transportan en carros tirados por bueyes, otros preparan el mortero, tallan sillares en la

logia o incluso los colocan en los muros mediante una rudimentaria grúa (Fig.2). En la parte inferior, uno de los conversos lleva una escuadra y se dirige a un grupo de tres personajes que mezclan la argamasa. Fuera del marco de la representación, una inscripción confirma la naturaleza de la escena: *CONSTRUXERE DOMVM CONVERSI SCHONAVIENSEM VOSVIUS INDUXIT RELIGIONIS AMOR.*

Por último, el tercer argumento es la discutida existencia de monjes y conversos constructores que, procedentes de Claraval, se habrían desplazado a las nuevas fundaciones con objeto de trazar los planos y dirigir las obras. Figuras como Achard, maestro de novicios claravalense, o Geoffrey d'Ainai, monje del mismo cenobio, habrían sido enviados por San Bernardo a trabajar en distintas abadías para aplicar en los monasterios de la Orden los conocimientos adquiridos en Claraval, un hecho que habría contribuido de manera decisiva a la creación de una tradición arquitectónica común dentro del Císter. Es un hecho constatado que

Geoffrey d'Ainai fue enviado alrededor del año 1135 a Fountains (Inglaterra) y más tarde, poco después de 1140, a Clairmarais (Francia) (Aubert, 1947, II: 97; Dimier, 1964: 108). Lo discutible es si realmente lo hizo como arquitecto. En este sentido, algunos autores sugirieron que durante su estancia en Fountains no solo dirigió las obras, sino que también formó a otros monjes en la técnica de la arquitectura, especialmente a Robert, Alexander y Adam<sup>4</sup>. Habría sido, por lo tanto, un maestro de obras itinerante (Fergusson 1984: 19-20). En cuanto al monje Achard, sabemos que fue enviado en el año 1134 a Himmeron, en Alemania, presuntamente con la misma finalidad (Aubert, 1947, II: 97; Dimier, 1964: 108).

La nómina de hipotéticos monjes o conversos constructores enviados a las filiales no acaba aquí. En 1142 San Bernardo envió a un monje llamado Roberto a Mellifont (Irlanda), para dirigir los trabajos de construcción (Fergusson, 1984: 21). En el caso hispano merece la pena destacar el caso de Alberto, monje converso que habría llegado al monasterio de Sobrado (Galicia) también procedente de Claraval (Valle Pérez, 1982, I: 66-67).

La presencia de estos monjes y conversos al frente de las obras de las nuevas fundaciones de la Orden ha llevado incluso a plantear la idea de la existencia de un taller o foco en Claraval, donde se formarían los arquitectos que posteriormente se desplazarían a las nuevas fundaciones para enseñar a los maestros locales a ejecutar el proyecto (Aubert, 1947, II: 97; Herrera, 1984-1995, II-II: 69-72; Romanini, 1992: 418).

## II. ¿MITO O REALIDAD? EL ANÁLISIS DE LAS FUENTES

A partir del célebre comentario de Orderic Vital y los dos ejemplos iconográficos mencionados, la historiografía no solo unió de forma indisoluble a los monjes cistercienses con la construcción de sus monasterios, sino que también los convirtió en «patronos de las ar-

<sup>4</sup> Los tres habrían trabajado en la edificación de nuevos monasterios en Inglaterra: Newminster en el caso de Robert, Kiskstall en el de Alexander y Woburn en el de Adam.

tes». Sin embargo, como veremos a continuación, diversos indicios conducen a pensar que la participación de los monjes en la edificación no fue en ningún caso significativa, siendo la construcción una ocupación esencialmente de laicos y conversos.

De los tres argumentos anteriormente citados, voy a centrarme en primer lugar en la aseveración de Orderic Vital. Como es sabido, uno de los argumentos más utilizados por la historiografía simpatizante de la idea de los eclesiásticos arquitectos es su comentario acerca de los monasterios que los monjes construyan «con sus propias manos». En este sentido, si bien es verdad que en el Capítulo XLVIII de la Regla, se prescribe a los monjes el trabajo manual para no caer en la ociosidad<sup>5</sup>, no es menos cierto que la palabras de San Benito deben ser entendidas básicamente como una exhortación al cultivo de la tierra, la cría de ganado y otros trabajos relacionados con la autosuficiencia del monasterio, actividades que vemos en las célebres ilustraciones del *Moralia in Job* (Figs. 3 y 4). No podemos olvidar que la revalorización del trabajo manual, propia de la espiritualidad cisterciense, hace que sus monasterios puedan ser considerados pioneros de técnicas agrícolas nuevas (Champier, 1954: 255-261; Higounet, 1959: 260-271). Al hilo de esta idea me parecen sumamente interesantes las palabras empleadas por el propio San Benito, el cual recuerda que «los monjes no deben disgustarse por recolectar con sus propios manos, ya que así vivirán como nuestros Padres y apóstoles»<sup>6</sup>. Cabe pensar, por lo

<sup>5</sup> Regla, XLVIII, 1: *Otiositas inimica est animæ, et ideo certis temporibus occupari debent fratres in labore manuum, certis iterum horis in lectione divina* (La ociosidad es enemiga del alma; por eso han de ocuparse los hermanos a unas horas en el trabajo manual, y a otras, en la lectura divina). No obstante, san Benito advierte a aquellos que se jacten de su habilidad: Regla, LVII, 1-3, *Artifice si sunt in monasterio cum omni humilitate faciant ipsas artes, si permiserit abbas. Quos si aliquis ex eis extollitur pro scientia artis suæ, eo quod videatur aliquid conferre monasterio, hic talis erigatur ad ipsa arte et denuo per eam non transeat, nisi forte humiliato ei iterum abbas iubeat* (Si hay artesanos en el monasterio, que trabajen en su oficio con toda humildad, el abad lo permite. Pero el que se envanezca de su habilidad por creer que aporta alguna utilidad al monasterio, sea privado del ejercicio de su trabajo y no vuelva a realizarlo, a no ser que, después de haberse humillado, se lo ordena el abad).

<sup>6</sup> Regla, XLVIII, 7-9: *Si autem necessitas locis aut paupertas exegerit, ut ad fruges recolligendas per se occupentur, non contristentur. Quia tunc vere monachi sunt, si labore manuum suarum vivunt, sicut et Patres nostri et Apostoli. Omnia tamen mensurate fiant propter pusillanimes.* (Si las circunstancias del lugar o la pobreza exigen que ellos mismos tengan que trabajar en la recolección, que



Fig. 2. Dibujo de comienzos del siglo XVI, hoy en el Germanisches Museum de Nürnberg (inv. Hzi96), en el que aparecen conversos del monasterio de Schönau dedicados a la construcción de la abadía.

tanto, que las palabras de San Benito (*si labore manuum suarum vivunt*) —en las que parece inspirarse Orderic Vital— aluden al trabajo manual y a la autosuficiencia como una vía para alcanzar el ideal de pobreza promulgado por la Orden<sup>7</sup>, en el que no podemos incluir, al menos a juzgar por las fuentes, el trabajo en el ámbito de la arquitectura.

Por otro lado, me parece importante reseñar otro aspecto relativo a las palabras de Orderic Vital. En mi opinión, el término *condidit* que utiliza en su *Comentario* (*monasteria proprio labore condiderunt*) no ha gozado de una merecida atención por parte de la historiografía artística. En la Edad Media *condidit* (del infinitivo *condere*: construir) a menudo es utilizado para aludir a una labor de patronazgo o supervisión, y no como una referencia al artífice material de la obra. El uso del término *condidit* aparece en los textos de Beda el Venerable y Rábano Mauro para describir la construcción del Templo de Jerusalén por parte de Salomón (Tosco 1997: 66)<sup>8</sup>. Se trata de un término, por lo tanto, marcado de un claro simbolismo bíblico, que los comitentes eclesiásticos utilizaron para acentuar su papel como autores intelectuales de la edificación, equiparándose al comitente de comitentes: Salomón<sup>9</sup>.

El término *condidit* también aparece en la lápida sepulcral del canónigo obrero tarraconense Raimundus de Miliano, *operarius beate tecele*, que tras su muerte el 31 de diciembre del 1266 dejó acabadas diez bóvedas construidas durante su administración: *decem voltas condidit* (Liaño, 2009, p. 76 y 2015). Por ello, me inclino a pensar que quizás no debemos interpretar las palabras de Orderic Vital en un sentido literal, sino que podrían

aludir a la labor de los cistercienses como fundadores espirituales de los nuevos monasterios. A pesar de que la idea de la edificación espiritual me parece la más atractiva, creo que no podemos descartar otras hipótesis. Dada la fecha de redacción de la cita del cronista inglés, Matthias Untermann planteó que posiblemente Vital se estaría refiriendo a las sencillas construcciones (provisionales) en madera de las primeras fundaciones, en la que los monjes habrían participado de algún modo (Untermann, 2001).

En cualquier caso, para saber cuál fue el verdadero rol de los cistercienses en la construcción de sus monasterios, estamos obligados a explorar las fuentes primigenias de la Orden, que contienen las normas esenciales de la vida cisterciense: el *Exordium Parvum*, el *Exordium Cistercii* y la *Carta Caritatis*. En este sentido, tanto en la *Carta de Caridad* —eje rector de la vida de la Orden, presentada en 1119 al Papa Calixto II para su aprobación—, como en el *Exordium Parvum* —relato de los orígenes de la Orden, acabado de redactar a finales del mismo año—, únicamente se alude a la participación de laicos y conversos en la construcción de los monasterios, sin que haya rastro o reglamentación alguna sobre la implicación de los monjes.

Así, el capítulo xv del *Exordium Parvum*, titulado *Instituta monachorum cistercensium de Molismo venientium*, contiene una serie de normas que definen el carácter de la Nueva Orden (De la Croix Bouton y Van Damme, 1974: 54-86; Herrera, 1984-1995, VI: 41-75). En ellas se regula el vestido y la alimentación, se prohíbe el cobro de rentas señoriales, el trabajo en las propiedades mediante la admisión de conversos y se establecen los recursos de los que vivirán los monasterios (tierras, viñedos, molinos, etc.). No obstante, los postulados más interesantes para el objeto que nos ocupa son aquellos que hacen referencia al trabajo manual. A este respecto, al *Exordium Parvum* no deja lugar a dudas sobre la determinación de tomar a conversos y obreros a sueldo para los distintos trabajos del monasterio:

Entonces determinaron tomar, con permiso de su obispo, conversos laicos con barba, y tratarlos, en vida y en muerte, como a sí mismos,

no se disgusten, porque precisamente así son verdaderos monjes cuando viven del trabajo de sus propias manos, como nuestros Padres y los apóstoles. Pero, pensando en los más débiles, hágase todo con moderación).

<sup>7</sup> En el *Capítulo xv* de la Orden se recuerda que «el sustento necesario para los monjes de nuestra Orden se obtiene del trabajo manual, del cultivo de la tierra y de la cría de ganados» Herrera 1984-1995, VI: 159.

<sup>8</sup> *Salomon quidem Templi opus, quod domino Deo condidit, septem anni perfecit* (Tosco, 1997, p. 66).

<sup>9</sup> Con respecto a la formación, al papel y al grado de implicación del comitente en la gestación y materialización de la obra arquitectónica durante la Alta Edad Media remito a la obra fundamental de Günther Binding (1998).

excepto en el estatuto monástico; y además también obreros a sueldo, pues no podrían guardar plenamente día y noche los preceptos de la Regla sin la ayuda de aquéllos (Herrera, 1984-1995, VI: 71)<sup>10</sup>.

A mi modo de ver esta última constatación es trascendental para calibrar en su justa medida el mito de los monjes constructores. Según el texto, el principal motivo que lleva a la incorporación de conversos y a la contratación de laicos como jornaleros (*mercenarios*) para los diversos menesteres de los monasterios (cabe pensar que entre ellos la construcción) es la necesidad imperante de seguir los ideales de la Regla. Al hilo de esta idea, estaremos de acuerdo en afirmar que la dedicación principal de los monjes en los monasterios fue la oración y el culto del arte espiritual<sup>11</sup>. Por consiguiente, el razonamiento que se deriva de los documentos es a todas luces sencillo: concebidos para una carrera eclesiástica, me resulta difícil aceptar que los monjes se ausentaron con frecuencia de los rezos y las actividades de coro para dedicarse a la dirección de los trabajos constructivos. No podemos olvidar que la construcción no era una ocupación para el tiempo libre; requería un conocimiento específico de la técnica que exigía años de aprendizaje para poder practicarla.

Aunque rápidamente regresaré sobre estos argumentos, merece la pena revisar brevemente otras fuentes de la Orden, que parecen confirmar definitivamente el papel protagonista de laicos y conversos en la edificación. La primera es un texto del siglo XII, *La Vita Prima* de San Bernardo, escrita por Arnaud de Bonneval (Migne, t.185, col. 285). En ella se relata cómo durante la construcción de la iglesia de Claraval

<sup>10</sup> *Tunc diffinierunt se conversos laicos barbatos licentia episcopi sui suscepturos, eosque in vita et morte, excepto monachatu, ut semetipsos tracturos, et homines etiam mercenarios.*

<sup>11</sup> *Regula*, cap. IV, 55-58: *Lectiones sanctas libenter audire. Orationi frequenter incumbere. Mala sua preterita cum lacrimis vel gemitu cotidie in oratione Deo confiteri* (Escuchar con gusto las lecturas santas, postrarse con frecuencia para orar, confesar cada día a Dios en la oración con lágrimas y gemidos las culpas pasadas, y de esas mismas culpas corregirse en adelante).

II (1135-1145) se contrataron maestros laicos asalariados (*conductis festinanter operariis*) para agilizar las obras<sup>12</sup>.

La segunda fuente la encontramos en los *Capitula* XIII, XX y XXIV de la Orden, en los que se habla de obreros, jornaleros y conversos (Herrera, 1984-1995, VI: 159, 161, 163). El primero de ellos (XIII) estipula que solo los enfermos y obreros (*artifices*) podían comer carne<sup>13</sup>. Merece la pena subrayar el uso del término *artifex*, un nombre que San Isidoro de Sevilla (Isidoro de Sevilla ed. 1911, XIX, 1) aplicó a aquel que ejercía un arte (*Artifex generale nomen vocatur quod artem faciat*). Para lograr una mayor concreción, era habitualmente acompañado de un adjetivo: *artifex a fundamentis* (especialista en la colocación de cimientos). El siguiente capítulo (XX)<sup>14</sup> recuerda los trabajos asignados a conversos y jornaleros, referidos con anterioridad (trabajo manual, cultivo de la tierra y de la cría de ganados). Finalmente, en el capítulo XXIV se estipula que únicamente los obreros y huéspedes que mueran dentro del recinto monasterial podrán recibir exequias fúnebres<sup>15</sup>. Se trata, por lo tanto, de un retrato suficiente y cabal que confirma la presencia de laicos y conversos trabajando en los monasterios cistercienses.

Por otra parte, a las noticias extraídas de las fuentes de la Orden hay que sumar otros documentos que confirman la participación de maestros de obra y oficiales laicos en los monasterios cistercienses. En los Tumbos del monasterio cisterciense de Sobrado (Ga-

<sup>12</sup> *Abundantibus sumptibus, conductis festinanter operariis, ipsi fratres per omnia incumbebant operibus. Alii caedebant ligna [alii lapides conquadabant, alii muros struebant], alii diffusis limitibus partiebantur fluvium, et extollebant saltus aquarum ad molas. Sed et fullones, et pistores, et coriarii, et fabri, aliique artifices, congruas aptabant suis operibus machinas ut scaturiret et prodiret, ubicumque opportunum esset, in omni domo subteraneis canalibus deductus rivus ultro ebulliens, et demum congruis ministeriis, per omnes officinas expletis, purgata domo ad cardinalem alveum, reverterentur quae diffusae fuerant aquae et flumini propriam redderent quantitatem.*

<sup>13</sup> *Pulmentaria intra monasterium sint semper et ubique sine carne sine sagimine nisi propter omnino infirmos et artifices conductos* (Dentro del recinto del monasterio las porciones no llevarán nunca carne ni grasa, excepto las de los enfermos y obreros contratados).

<sup>14</sup> *Per conversos, ut dicum est, agenda sunt haec aut per mercenarios* (Como hemos dicho, todas estas cosas han de ser realizadas por conversos o jornaleros).

<sup>15</sup> *Ad confessionem, ad sacram communionem, ad sepulturam neminem extraneum praeter hospitem et mercenarios nostros intra monasterium videlicet morientes sed haec oblationem ad missam in conventu* (Exceptuando a un huésped o a nuestros obreros que mueran dentro del recinto del monasterio, a ningún extraño administramos la confesión, la sagrada comunión o las exequias fúnebres).

licia), se alude a los esclavos moros (*mauri*) así como a los canteros (*petrari*)<sup>16</sup> que trabajaban en el monasterio (Loscertales de G<sup>a</sup> de Valdeavellano, 1976: 345, doc. 359; Carnicedo, 1992: 877-890). En el año 1242 Juan Pérez *pedrero* trabajaba en el monasterio de San Clodio do Ribeiro (Lucas Álvarez y Lucas Domínguez, 1996: 297-298, doc. 55), mientras que en 1212 un maestro de nombre Gualterio, muy probablemente laico, cinceló su nombre en el tímpano de la puerta del hastial norte del transepto de la iglesia de Santa María de Valdediós<sup>17</sup>. En mi opinión, debemos conceder la misma condición al famoso *magister Ricardus* recompensado por el rey Alfonso VIII en el año 1203 por sus trabajos al frente de la fábrica de Las Huelgas de Burgos (González González, 1947). La parquedad documental llevó a la historiografía a atribuirle un rol como supervisor de los trabajos constructivos (Yarza Luaces, 1991: 339; Valle Pérez, 2005: 38), o incluso como escultor (Hernando Garrido, 1992: 54-55). No obstante, el hecho de que Ricardo sea beneficiario de una donación de bienes por parte del monarca me parece indicio suficiente para pensar que, en efecto, se trataba de un maestro de obras laico, tal y como ya sugirieron algunos autores (Karge, 1995: 165; Ocón, 1997; Sánchez Ameijeiras, 1998: 78; Abella, 2015: 642-651).

En lo tocante al trabajo de los lapicidas, la abundancia de marcas de cantero puede ofrecernos otro argumento a favor de la práctica de recurrir a mano de obra especializada. En este sentido, el estudio de las marcas de cantero de algunos monasterios de la Orden como Alcobaça (De la Torre, 1992: 123-143), Veruela (Jiménez Zorzo *et al.* 1985: 109-128) y Rueda (Jiménez Zorzo *et al.* 1986: 159-181 y 1987: 133-141), este último con más de 3000 marcas de cantero, ha demostrado que en los monasterios del Císter trabajaron nume-

rosas cuadrillas de forma continuada cuya labor fue remunerada por el sistema de cobro por destajos, es decir, el cobro por trabajo realizado. Con relación a esta idea, no me parece casualidad que a finales del siglo XII los Capítulos Generales de la Orden (años 1188 y 1190) tuvieran que tomar medidas para evitar los endeudamientos surgidos por la realización de grandes y suntuosos edificios (Canivez, 1933-1941, I: 109-110) que, sin lugar a dudas, debemos relacionar con la retribución de mano de obra laica.

Por lo que se refiere a los conversos, es también un hecho comprobado que este colectivo desempeñó un papel preponderante en las obras arquitectónicas de la Orden. Los datos que nos proporciona la documentación medieval nos permiten afirmar que, en efecto, la Iglesia contó con monjes conversos constructores. Diversas noticias documentales de los siglos XII-XIII parecen confirmar este perfil en la península ibérica. Sin duda, el ejemplo más rotundo es el de Pedro Moro *conversi magister operis* de Moreruela documentado en los años 1215 y 1218 (Bango, 1988: 69). En la nómina de conversos que trabajan en monasterios cistercienses hispanos muy probablemente debemos incluir otros hermanos artesanos: el *fray Gonzalo pedrero* (1238) de Sandoval (Castán Lanaspá, 1981: 113-115, doc. 62; García Flores, 2010: 80), *frei Petrus cementarius* (1248) en Carracedo (Martínez Martínez, 1997, I: 310, doc. 445; García Flores, 2010: 80), *fray Pedro Pedreiro*, maestro de la obra de Melón en el año 1269 (Florian Llorente, 1995-1996: doc. 228) y *frey Johan de Lasart taiador* (1313) en San Prudencio de Montelaturce (García Turza, 1992: 105-106, docs. 80, 89 y 99).

Fuera del territorio Peninsular, es obligado citar el caso del maestro Simon, activo en un grupo de monasterios cistercienses de Polonia (Bialoskorska, 1994: 57-85). En Walkenried, Alemania, el abad Henry III (1223-1231) empleó a veintidós conversos como canteros, albañiles y arquitectos (Williams, 1998: 197); asimismo, sabemos que en la comunidad de Viktring (Austria) había cinco conversos con habilidades para las artes: *conversi barbati diversis artibus periti* (Aubert, 1947, I: 98).

Al margen del ámbito cisterciense, merece la pena mencionar el caso de Pere de Coma, primer arquitecto

<sup>16</sup> *Petrus Martini dictus Maurus et Vivianus petrarius.*

<sup>17</sup> *El día decimoquinto de las calendas de junio (18 de mayo) en la era MC-CLVI (1218), reinando don Alfonso y siendo obispo de Oviedo Juan y abad de Valdediós Juan IV, fueron puestos estos cimientos estando presente el maestro Gualterio, que construyó esta iglesia.* En relación con este último ejemplo, algunos autores han propuesto que Gualterio posiblemente fue el director de un taller itinerante que trabajó en distintas comunidades monásticas cistercienses del antiguo reino de León desde finales del siglo XII y a lo largo del primer cuarto del XIII (García Flores, 2013: 205-234).

de la *Seu Vella* de Lérida y uno de los pocos artistas conversos bien documentados. Su nombre es conocido gracias a un contrato que firmó en 1193 con el cabildo de la *Seu Vella* (Lladonosa, 1970: 127; Sánchez, 2015: 51; Sánchez, 2017a: 238), por vía del cual Pere de Coma ofrecía sus servicios al obispo y promotor de la obra de la catedral Gombau de Camporrells. A cambio, el maestro de obras renunciaba a todos sus bienes y a sus pertenencias, consistentes en 6 sueldos censales que recibía de una tenencia situada en la torre de Grealo y su casa ubicada en la parroquia de San Juan, y fue admitido como converso en la canónica para dirigir las obras de la catedral (Fité, 2003: 51-66). Cabe pensar que Pere de Coma gozó de un cierto prestigio entre los miembros de la comunidad, ya que su nombre quedó inmortalizado en la conmemoración epigráfica de la colocación de la primera piedra de la *Seu Vella* del 22 de julio del año 1203, situada en el muro norte del presbiterio. En ella se recuerda la memoria del maestro de obras (PETRUS DECUMBA MAGISTER ET FABRICATOR), y del *operarius* Berengarius Obicionis u Opiç (BERENGARIO OBICIONIS OPERARIO EXISTENTE), encargado de la administración financiera de la obra.

La documentación nos ha facilitado ejemplos notables del trabajo de conversos también en los monasterios benedictinos. Procedente del monasterio de San Román de Entreperas (Palencia) se conserva el contrato de obra (28 de febrero de 1196), firmado entre el abad Bartolomé y fray Martín, en el cual este último se comprometía ante el abad y el Capítulo a realizar la cilla (Bango, 1994: 37-38; López de Guereño, 1998: 255)<sup>18</sup>.

Ejemplos como el de Pere de Coma o fray Martín demuestran que en el siglo XII fue habitual reclutar a conversos formados «fuera del claustro» en la práctica de la arquitectura para dirigir y ejecutar proyectos edilicios. En cualquier caso, la conclusión del análisis llevado a cabo en las fuentes medievales resulta bastante sorprendente en este contexto historiográfico tan propenso a aceptar la existencia de monjes constructores. La cons-

tatación de estas noticias documentales es suficiente para suponer, a mi modo de ver, que maestros de obra laicos y conversos monopolizaron la construcción de los monasterios cistercienses.

Con ello no pretendo negar la existencia del perfil del artista monástico. Nada más lejos de mi intención. Conocemos casos bien documentados de eclesiásticos con habilidades artísticas, sobre todo en el campo de la pintura, en el que estudios recientes sugieren una formación eclesiástica para algunos artesanos de este gremio, que pasaría por un progresivo aprendizaje en el seno de las grandes instituciones eclesiásticas (Leclercq, 1984: 63-80; Castiñeiras, 2012: 15-30). Del mismo modo, algunos indicios llevan a sospechar que, en efecto, durante los siglos XI y XII un pequeño porcentaje de monjes eran habilidosos en el arte de la construcción (Poza Yagüe 2019)<sup>19</sup>. Merece la pena mencionar el caso de Guinamandus, monje de la Chaise-Dieu, *in architectura et sculptura peritissimus*, el cual hacia 1077-1082 esculpió admirablemente (*mirabiliter sculpsit*) la tumba de Saint-Front de Périgueux (Mortet, 1911: 243)<sup>20</sup>; o el del monje Juan, *caementarius*, que entre 1102 y 1118 aparece citado en las cartas que el abad Geoffroy de Vendôme (1093-1129) dirigió a Hildebert de Lavardin, obispo de Mans (1097-1125) (Geoffroy de Vendôme e.d. 1996: 60-64, 172-179 y 312-315).

No obstante, a pesar de estas noticias documentales que confirman la existencia del perfil del artista monástico, a mi modo de ver el rol de los monjes constructores ha sido excesivamente mitificado y sobredimensionado. Consagrados para una vida espiritual, me resulta difícil aceptar la compatibilidad de una vida ascética con la dirección de un gran proyecto constructivo. De ahí que, como hemos visto, la Iglesia tuviera que recurrir a maestros de obra laicos y a conversos como Pere de Coma para la dirección de las obras.

A diferencia de otras artes como la pintura, creo que la arquitectura fue una práctica desarrollada esencialmente

<sup>18</sup> *Y yo fray Martin os prometo a vos, don Bartolomé, y a todo vuestro capítulo, que yo hago el sobrado desde la pared de la iglesia hasta la cocina, y la bodega de abajo y las trojes. Puertas y ventanas de cal y canto, la paredes de argamasa, madera y zarzos y la cubierta de tejas.*

<sup>19</sup> Estando este artículo en prensa, Marta Poza Yagüe ha firmado una interesante reflexión sobre el papel de los monjes constructores con un exhaustivo acopio documental. Véase la referencia en la bibliografía final.

<sup>20</sup> *Guinamandus, monachus Casa Dei, sepulchrum sancti Frontonis mirabiliter sculpsit.*

en el ámbito secular, transmitida, sobre todo, en el seno de los talleres constructivos o bien a través de linajes, tal y como sucedió en la Antigüedad, convirtiéndose por lo tanto en una tradición oral hereditaria de padres a hijos. En el ámbito hispano, resultan muy significativos los casos de los linajes Coma y Prenafreta (Español, 1991: 181-213; Español, 1996: 442-453; Sánchez, 2017b: 170-173), dos estirpes de maestros de obras que desempeñaron su trabajo en la *Seu Vella* de Lérida a lo largo del siglo XIII y los primeros decenios de la centuria siguiente.

Otro método de formación en el ámbito secular consistió en delegar la educación artística de un hijo a un maestro, que se ocupaba de enseñarle el oficio. A este respecto, resulta muy reveladora una noticia del 21 de junio del 1191, que recoge el contrato de aprendizaje de Hubertin, hijo de Bonseigneur de Miseja, confiado a Guy Reja para servirle en todas las casas que este último construyese durante un período de seis años (Hall, Krueger y Reynolds, 1938: 303-304.). Durante este tiempo, Guy Reja se comprometía a enseñar su oficio a Ubertin, y proporcionarle ropa y alimento. Otras cláusulas del contrato especifican que, una vez finalizado el contrato, el joven recibiría un martillo, cuatro herraduras, una lima, una paleta y dos cinceles. Además de evidenciar una práctica que debió ser habitual en la Edad Media –confiar la educación a un maestro conocedor de un oficio fuera del ámbito monástico–, el documento nos permite conocer la duración del proceso de aprendizaje, que en este caso era de seis años.

Por todo ello, creo que la incidencia de los monjes constructores en la Europa medieval debe ser sometida a una estricta revisión. Muy probablemente, en la mayoría de los casos la participación de los monjes en la edificación debió limitarse a una labor asistencial o auxiliar a los maestros de obra laicos y conversos. Al hilo de esta idea, me parece muy significativo que, en los ejemplos iconográficos mencionados, las ocupaciones de los eclesiásticos se limitan a la preparación de la argamasa, el transporte de baldes o piedras, o bien la colocación de sillares en el muro, es decir, trabajos que no requerían una especialización ni un amplio conocimiento de la práctica arquitectónica<sup>21</sup>. Esto es

precisamente lo que sucede en la pintura sobre tabla de la abadía de Maulbronn en la que la mayor parte de las escenas corresponden a labores auxiliares. En este sentido «asistencial» debemos entender también las célebres palabras de Ernaldo de Bonneval sobre la participación de los monjes en la cantería:

Con abundantes recursos y obreros reclutados apresuradamente, los propios monjes se esforzaban en las obras, en todos los sentidos. Unos cortaban madera, otros daban forma a la piedras, otros levantaban muros, otros dividían el río con anchos límites y alzaban la caída del agua para los molinos (...) <sup>22</sup>

Textos como el recogido en la *Vita prima* de San Bernardo me llevan a pensar que, muy probablemente, existió una voluntad (engendrada y difundida en la propia Orden) de perpetuar a los cisterciense como «autores únicos» de sus edificaciones. Asimismo me inclino a pensar que tras este empeño se esconde una clara intención penitencial y votiva muy presente en la mentalidad de los hombres del Medievo: el carácter salvífico del trabajo físico. No podemos olvidar que en algunos textos de la época como los comentarios de Hugo de San Víctor y Pedro Comestor, la antigua concepción del trabajo como un castigo divino dará progresivamente paso a su visión como medio de salvación. Así, lejos de seguir siendo motivo de desprecio, el trabajo se convierte en mérito.

La construcción era concebida como una obra piadosa para la edificación de la casa de Dios, y por lo tanto, digna de ser recompensada con gracias espirituales. En este sentido, son numerosas las noticias que aluden a la participación de la sociedad medieval en las labores de edificación, sobre todo a través del transporte de materiales. Entre los diversos ejemplos, merece la pena citar el relato descrito en el *Codex Ca-*

monjes, reconocibles por la tonsura, colocan los sillares en un muro del monasterio erigido por el abad Beggon (1087-1107).

<sup>22</sup> *Sancti Bernardi Claravallensis abbatis, vita prima*, 1133-1145 (traducido en J. Yarza *et alii*, *Arte medieval II*, Gustavo Gili, Barcelona, 1982, pp. 140-141).

<sup>21</sup> En un capitel del claustro de la abadía de Santa Fe de Conques unos



Fig.3. Ilustración del manuscrito *Moralia in Job*, de Gregorio Magno. Inicial «Q» con el trabajo de dos monjes (Bibliothèque municipale de Dijon, MSS170 Fol.59r.)

*lixtinus*, que explica como los peregrinos, al llegar al pueblo de Triacastela, recibían una piedra que debían transportar hasta Castañeda, para fabricar la cal necesaria para la construcción de la basílica compostelana (*Liber Sancti Iacobi*, ed. 1951: 501). No cabe duda que formar parte de una manera corporal de la edificación de una iglesia era una obra de caridad y digna de obtener la salvación divina. En este sentido, debemos entender el entusiasmo provocado por el inicio de las obras de un monasterio o catedral. El arzobispo de Rouen, Hugues, describe como en el año 1144, en Chartres, los fieles transportaban carros llenos de piedra, madera y todo aquello que pudiera ayudar a los obreros de la construcción, de manera que las torres

se elevaban como por arte de magia (Du Colombier, 1973: 21-22). Del mismo modo, en la vida de San Luis de Francia, se relata como el joven el rey se desplazaba con frecuencia a la abadía de Royaumont, fundada por él, para ayudar a los monjes en la construcción transportando piedras y mortero (Dimier, 1964: 110; Williams, 1998: 197). De ahí que, el propio Bernardo de Claraval intentase emular el trabajo manual de los monjes de Cister (Cîteaux), según la *Vita Prima Bernardi* escrita por Guillermo de Saint-Thierry (1153):

Como resultado, cuando los hermanos estaban ocupados en el trabajo manual que él no estaba acostumbrado a realizar, tenía un

ardiente deseo de emularlos en esta forma de vida común, pero él carecía de competencias para cavar, cortar árboles, transportar cosas en sus espaldas, o participar en cualquier otro trabajo manual que fuese necesario (*Vita prima*, ed. 2015: 26).

### III. MONJES ADMINISTRADORES. EL PERFIL DEL OPERARIUS

Una vez analizados dos de los argumentos en los que se apoya la historiografía afin a la hipótesis de los monjes constructores, convendría escudriñar la tercera premisa que ha conducido a la difusión de dicha teoría. Como se ha visto antes, el tercer argumento se fundamenta en la discutida existencia de monjes constructores formados en el taller monástico de Claraval, que habrían sido enviados por San Bernardo a distintas filiales para aplicar el mismo esquema arquitectónico que la abadía madre. Las figuras más destacadas de esta realidad son Geoffrey de Ainai (enviado alrededor del año 1135 a Fountains y más tarde a Clairmarais); Achard (documentado en el año 1134 en Himmeron); Nirvardo, hermano de San Bernardo, llegado al monasterio de San Pedro de la Espina (Valladolid) con la comunidad fundadora; y Alberto, monje converso del monasterio de Sobrado (La Coruña). Algunos estudios les confrieron a todos ellos un mismo rol de maestros de obras, definiéndolos como las principales figuras en la arquitectura de la Orden (Aubert, 1947, II: 97; Dimier, 1964:108).

Sin embargo, diversos indicios me llevan a pensar que el verdadero acometido de los monjes enviados desde Claraval fue en realidad la gestión y supervisión de la edificación de las nuevas fundaciones, tanto desde un punto de vista espiritual como constructivo.

En primer lugar, las fuentes documentales que atesoran referencias sobre Achard, Nivardo o Geoffrey de Ainai no emplean términos profesionales (*fabricator*, *artifex*, *architectus*) que pudieran inducirnos a pensar en un conocimiento técnico de la arquitectura. Posiblemente no exista un texto más sugerente para resolver esta encrucijada que el *Exordium magnum cisterciense*. En el texto se describe a

Achard como un hombre experimentado, poderoso en la palabra de edificación y consuelo, que llevó activamente los oficios que le fueron confiados y fue enviado por Bernardo para organizar numerosos monasterios (Migne, t. 185, col. 1078-1079)<sup>23</sup>. Probablemente, uno de los factores que conllevó a su errónea identificación como arquitecto fue el uso del término *exstructor* (construyó), un modismo mediante el cual cabe pensar que se pretendía subrayar la misión de Achard como organizador y administrador de los nuevos asentamientos monásticos de la Orden, pero no de su materialización. A final de su vida Achard aparece documentado como maestro de novicios, una evidencia de su condición monástica<sup>24</sup>.

En la misma línea debemos interpretar el papel ejercido por el famoso Adam, que tras formarse con Geoffrey de Ainai en Fountains, habría dirigido los trabajos constructivos de cuatro monasterios: Kirkstead (1139), Woburn (1145), Vaudey (1147) y Fountains (Fergusson, 1984: 80). Entre 1133-1150 fue monje en Fountains, donde construyó una dependencia que servía como oratorio para monjes (piso superior) y dormitorio (inferior): *Adam et monachi aedificaverunt magnam illam domum* (Fergusson, 1984: 20). A mi juicio, el texto debe ser interpretado como una alusión a su labor de patronazgo en el monasterio (*aedificaverunt*), y no como una participación material en la ejecución de los trabajos constructivos.

A mi juicio el único caso que puede generar controversia es el del Alberto *faber*, monje o converso enviado desde Claraval al monasterio de Sobrado (Galicia), presuntamente para implantar el modelo de Claraval en la nueva fundación (Valle Pérez, 1982, I: 67)<sup>25</sup>. Formado

<sup>23</sup> *Senex quidam Acardus nomine, nobilis genere, sed conversationis dignitate nobilior, novitiorum curam in Clarevalle gerebat, vir potens in verbo aedificationis et consolationis qui etiam in iuventutis suae robore iubente simul et mitente beato Bernardo abbate suo plurimorum coenobiorum initiator et exstructor devotus existiterat.*

<sup>24</sup> *De venerabili sene Achardo, quondam magistro novitiorum in Claravalle* (Migne, 185, cc. 1078-80).

<sup>25</sup> Según el libro IV de la *Vita Prima*, Alberto fue curado milagrosamente de una enfermedad por intervención de San Bernardo: *Nam et in Hispaniis, ubi praesens ipse non fuit, sanctitatis ejus indicia claruerunt. Cum enim fidelis servus et prudens, et pretiosum Dominicae crucis fructum undique colligeret, atque iterum propagaret ubique; contigit ut de filiis suis in Hispanias mitteres, in illis quoque sicut in ceteris gentibus fructum aliquem habere desiderans. De quorum numero Albertus quidam faber in loco, cui*

en el *chantier* claravalense, según algunos autores Alberto habría importado el modelo de la segunda iglesia de Claraval iniciada hacia 1135 a la iglesia de Sobrado (Valle Pérez, 1982, I: 67), en la que habría implantado el *bernhardinischer plan* o *plan bernardin*. Sin embargo, la ambigüedad del término *faber* nos obliga a ser cuanto menos cautos en la valoración de su perfil profesional. A este respecto, conviene recordar que en el período que nos ocupa *Faber/fabrum* tuvo un significado muy amplio y entre sus acepciones, además de «orfebre», encontramos la de «artífice», «artesano» o bien «obrero». En cualquier caso, incluso reconociendo que Alberto fuera un operario conocedor de las técnicas de la construcción, creo que todavía no contamos con argumentos suficientes para admitir que su misión en Sobrado fue trazar los planos y dirigir las obras del monasterio gallego.

Este razonamiento nos lleva en consecuencia a valorar en su justa medida la hipótesis acerca de la difusión del *plan bernardin* a través de los «monjes constructores». Fue Karl Heinz Esser (1953: 311-315) el que acuñó dicha denominación al relacionar la planta de la iglesia de Claraval II (caracterizada por el empleo exclusivo de líneas y ángulos rectos, cruz latina, de tres naves, crucero destacado y cabecera compuesta por capillas rectangulares) con la figura de San Bernardo. Según la hipótesis planteada por Esser, a la que se sumaron otros autores (Aubert, 1947, I: 97-98; Dimier, 1966: 697-704; Braunfels, 1975: 139) prácticamente todas las iglesias de la filiación de Claraval comenzadas entre 1135, fecha de inicio de la construcción de la abadía madre, y 1153, muerte de San Bernardo, habrían adoptado el modelo de la iglesia madre.

Sobre el papel de monjes y conversos en la difusión del *plan bernardin*, en primer lugar, me parece sospechoso que la Orden del Císter jamás dictara unas normas precisas referentes a la arquitectura de sus monasterios. Ni la más antigua legislación de la Orden, ni San Bernardo, ni los Capítulos Generales, dicen nada taxativamente sobre este particular. El capítulo

*nomen est Superadum, gravissima valetudine occupatus, per multum jam tempus jacebat paralyticus in grabato* (Migne, *Patrologia Latina*, t. 185, col. 341)»

IX estipula que en todas las abadías debían seguirse las mismas costumbres, officiar la misma liturgia, pero nada alusivo a seguir un mismo planteamiento arquitectónico (Herrera, 1984-1995, VI: 155). Tan sólo en el año 1157 encontramos una directriz que afecta a la estructura de los edificios: se trata de la prohibición de que las torres tengan campanas: *Turres lapidae ad campanas non fiant* (Canivez, 1933-1941, t. I: 61).

Por otra parte, a pesar de que no pretendo negar la existencia de una cierta sumisión arquitectónica en las primeras filiales claravalenses, lo cierto es que al analizar las construcciones cistercienses se acusa también una extraordinaria diversidad de soluciones, propias de las regiones originarias de la Orden, y sobre todo deudas con el arte autóctono que entran en plena contradicción con la idea de una sistematización por parte de la abadía madre (Valle Pérez, 1982, I: p. 39; D'Emilio 2004:313-327; Carrero 2009: 951). La Orden del Císter no dispuso de unas normas unitarias, en planta y alzado, peculiares para cada filiación. Es decir, el modelo adoptado en la abadía madre no era reproducido necesariamente en su filial.

En cualquier caso, más allá de la posibilidad de que Bernardo prescribiese unas determinadas normas en materia de arquitectura monástica (sujeto sometido a revisión en los últimos años por autores como Coomans, 2013: 151-169), lo cierto es que la presunta sistematización y plasmación del modelo de Claraval II en determinadas filiales de la Orden no tiene por qué atribuirse forzosamente a la existencia de una escuela arquitectónica con monjes arquitectos itinerantes.

A vista de todo lo expuesto, me inclino a pensar que Achard o Geoffrey de Ainaí fueron en realidad eclesiásticos enviados a determinadas filiales con un doble objetivo: por un lado, asentar las bases espirituales y legislativas de lo que sería el futuro edificio monástico; por el otro, gestionar y supervisar la correcta edificación de las nuevas casas. Al hilo de todo ello, no podemos olvidar que la materialización de un gran proyecto arquitectónico como es la construcción de una catedral o monasterio requería, nor-

malmente, la existencia de una figura encargada de la gestión, supervisión y mantenimiento de la obra: el *operarius*. Los obreros eran canónigos, monjes o presbíteros del cabildo nombrados directamente por el obispo o abad, que asumían la gestión de todo lo concernía a la construcción, conservación y embellecimiento del edificio desde un punto de vista administrativo: percibir y administrar los bienes y rentas, adquirir y disponer de los materiales, preocuparse por las vías de financiación, contratar a los maestros de obras, oficiales, peones y albañiles, determinar la cuantía de sus salarios, así como regular el inicio de los talleres constructivos. El obrero catedralicio era, por lo tanto, un eslabón entre el maestro de obras y el obispo, ya que actuaba en representación del cabildo en asuntos relacionados con la financiación y organización jurídico-administrativa de la edificación (Binding 1993; Sánchez 2017a: 222-225; Sánchez 2017b: 44-57; Sánchez, en prensa).

En mi opinión, este debió ser precisamente el perfil de Gerardo, hermano de San Bernardo y cillerero de Claravall, según las fuentes «habilitoso dirigiendo el trabajo de los albañiles, herreros, jardineros, sastres o zapateros y tejedores del monasterio» (Aubert, 1947, I: 97). En el caso hispano, la documentación permite también confirmar la presencia del *operarius* en el seno de las comunidades cistercienses. Sin intención de alargarnos *ad finitum*, vale la pena citar el caso de Bernardo de Portaregia, obrero en Poblet en 1168 y 1175 (Santacana, 1974: 609, doc.152; Altisent, 1993: 256, doc.334); Berengaria Des Elma, monja *operarie* en Les Franqueses en 1217 (Escuder, 2016: 394-397: doc. 274); Fray Pascual, obrero en Piedra en el 1224 (De la Fuente Cobos, 1993, II: 1294); Juan, *monachus obreiro* (1218 y 1221) en Osera (Valle Pérez, 1982, I: 105 y 122; García Flores, 2010: 79); y Diego, *operario monachis* de Valparaíso (1238) (Lera Mailló *et al.*, 1998: doc. 53).

El cargo de *operarius* fue importante en el *cursus honorum* de los miembros de los capítulos o comunidades monásticas, que frecuentemente ocuparon esta dignidad antes de ser promocionados. Conviene recordar, a este respecto, el caso de Martín de Nogarol, cillerero en la abadía de Planselve en Gimont (García Flores

2010: 80) y obrero en el monasterio de Rueda entre los años 1215 y 1220, que alcanzó la dignidad de abad en 1223 (Contel Barea, 1977, II: 11, doc. 56 y 14-16, doc. 59). También en Rueda, Gil Rubio desempeñó el cargo de obrero en 1225 (Contel Barea, 1977, II: docs. 62, 67, 69, 72), y de cillerero mayor entre 1234-1244 (Contel Barea, 1977, II: docs. 83, 84, 86, 96). Miguel de Vales fue obrero en el monasterio de Piedra en el año 1268 y en 1298 consta como prior (De la Fuente Cobos, 1993: 1296-1297). A ellos debemos sumar el ejemplo de Félix de Moreruela, *magister operis* en 1182, y posiblemente prior en 1185-1186 (Bango, 1988: 67).

La importancia adquirida por el *operarius* en las comunidades monásticas y catedralicias ha llevado a plantear la hipótesis de que estos posiblemente gozaron de un amplio conocimiento en el campo de la arquitectura, algo que condujo a identificarlos erróneamente como arquitectos. Contrariamente a esta idea, no existe ningún indicio para pensar que el conocimiento de la arquitectura fue una condición *sine qua non* para desempeñar el cargo de obrero catedralicio. Todo lo contrario. En mi opinión, el cargo de *operarius* fue generalmente asumido por monjes y canónigos sin conocimientos técnicos. Es decir, por un monje o canónigo gestor, pero no arquitecto.

#### IV. CONSIDERACIONES FINALES

El objetivo principal de esta investigación era proporcionar una visión panorámica y de conjunto sobre el debate de los monjes constructor en el Císter. Se habrán encontrado en ella algunas ideas nuevas o afortunadas, otras de menor alcance, e incluso alguna propuesta especulativa. A vista de todo lo expuesto, me atrevo a sugerir tres conjeturas.

En primer lugar, como se ha visto, tanto en los textos primigenios de la Orden como en otras fuentes documentales afines no hay evidencias ni directrices concretas que permitan suponer que los monasterios cistercienses fueron erigidos por monjes albañiles. Sin negar la existencia del perfil del «artista-eclésiástico», me inclino a pensar que la participación de los monjes

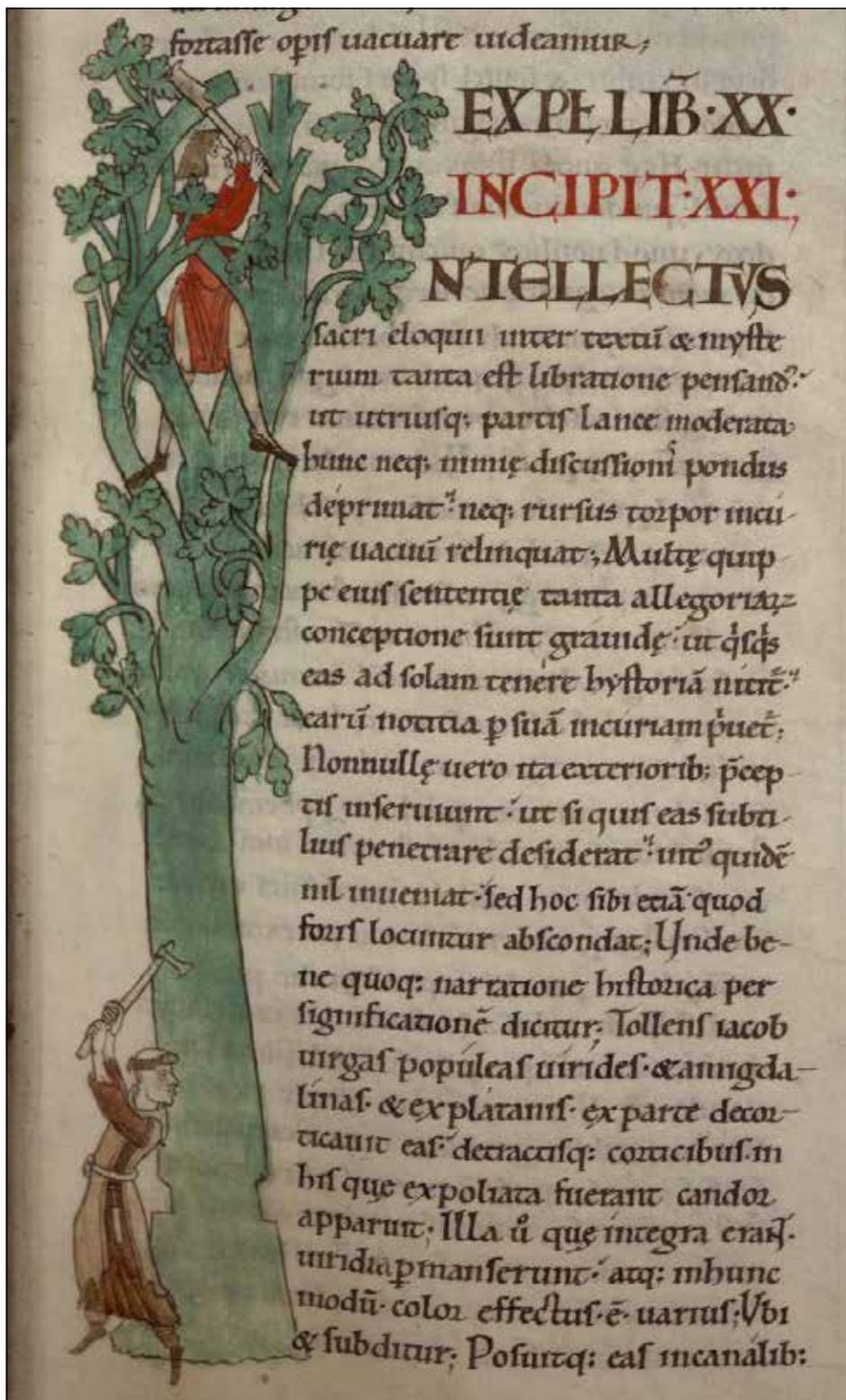


Fig.4. Ilustración del manuscrito *Moralia in Job*, de Gregorio Magno. Un monje y otro personaje talan un árbol (Bibliothèque municipale de Dijon, MSS173 Fol.41r.)

cistercienses en la construcción pudo concretarse en una labor asistencial a los maestros de obra conversos y laicos, verdaderos protagonistas. De hecho, según los *Instituta generalis capituli apud Cistercium* del año 1134 (cap. XII), las comunidades no se desplazaban hasta los nuevos monasterios hasta que las edificaciones estuvieran terminadas, de manera que resulta difícil pensar que los monjes tuvieron un papel preponderante en el alzado de sus complejos arquitectónicos. Osaría decir que la voluntad de los cistercienses de perpetuarse como arquitectos de sus edificios obedece a un doble propósito. Por un lado, la construcción tenía un trasfondo penitencial y votivo, ya que era concebida como una obra piadosa digna de obtener gracias espirituales. Por el otro, en la colaboración de los monjes en la construcción debemos ver también un claro deseo de volver a la estricta observancia de la Regla benedictina y reconocer la dignidad espiritual del trabajo y su valor positivo como medio de salvación.

En segundo lugar, la suma de los datos documentales reseñados es suficientemente demostrativa para pensar que la arquitectura cisterciense se gestó en las manos de maestros de obra laicos y conversos. En mi opinión,

los maestros de obra de los grandes proyectos edilicios contaron con un conocimiento teórico y técnico en el diseño, la *geometria fabrorum* y la estática de la construcción que no compartieron con los monjes. A lo largo de estas páginas hemos visto como un número nada desdeñable de arquitectos conversos aparecen en fuentes cistercienses, prueba irrefutable de su rol preponderante en la edificación de los monasterios de la Orden.

En tercer lugar, del análisis de las noticias reseñadas en la tercera parte del artículo se desprende que, muy probablemente, la verdadera labor de los monjes enviados a las nuevas fundaciones de la Orden fue la supervisión de la edificación de las nuevas casas, tanto desde un punto de vista institucional como constructivo. No podemos olvidar que desde mediados del siglo XII la figura del *operarius* emergió con una fuerza inusitada en las comunidades cistercienses, convirtiéndose en un eslabón entre el Capítulo y los maestros de obra.

Por todo ello, creo que debemos liberarnos de ciertos lastres existentes sobre la condición de los artistas cistercienses y superar un *topos*, el de los monjes constructores, probablemente gestado, difundido y codificado visualmente por la propia Orden.

## V. BIBLIOGRAFÍA

- ABELLA VILLAR, PABLO (2015): *Patronazgo regio castellano y vida monástica femenina: morfogénesis arquitectónica y organización funcional del monasterio cisterciense de Santa María la Real de las Huelgas de Burgos (ca. 1187-1350)*, Tesis Doctoral presentada en la Universitat de Girona.
- ALTISENT, AGUSTÍ (1974): *Història de Poblet, Poblet, Abadía de Poblet*.
- ASCANI, VALERIO (1993): «Cisterciensi. Architettura», en *Enciclopedia dell'Arte Medievale*, IV, Roma, Istituto della Enciclopedia italiana, pp. 817-835.
- AUBERT, MARCEL (1947): *L'architecture cistercienne en France*, París, Vanoest Editions d'art et histoire, 2 vols.
- BANGO, ISIDRO (1988), «Monasterio de Santa María de Moreruela», *Studia Zamorensia. Anejo I*, pp. 61-102.
- BANGO, ISIDRO (1994), «Arquitectura y escultura», en *Historia del Arte de Castilla y León. II. Arte románico*, Valladolid, Ámbito, pp. 9-212.
- BIALOSKÓRSKA, KRZYŻYNA (1994): «La fabrique du Maître Simon et son activité en Pologne dans la première moitié du XIII<sup>e</sup> siècle: un cas isolé ou un témoignage de l'évolution de la pratique de construire chez cisterciens?», *Arte medievale («Ratio fecit diversum»)*, San Bernardo e le arti. *Atti del Congresso Internazionale, Roma, 27-29 maggio 1991*, pp. 57-85.
- BINDING, GÜNTHER (1993): *Baubetrieb im Mittelalter, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt*.
- BINDING, GÜNTHER (1998): *Der früh— und hochmittelalterliche Bauberr als sapiens architectus*. Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1998.
- BOUGAUD, E. y GARNIER, JOSEPH, EDS. (1875): *Chronique de l'Abbaye de Saint-Bénigne de Dijon*, Analecta Divionensia, 9, Dijon.
- BRAUNFELS, WOLFGANG (1975): *Arquitectura monacal en Occidente*, Barcelona, Barral.
- CANELLAS, ÁNGEL (1989): *Los cartularios de San Salvador de Zaragoza*, Colección Monumental Diplomática Aragonense, Zaragoza, Ibercaja.
- CANIVEZ, JOSEPH MARIA (1933-1941): *Statuta Capitulum Generalium Ordinis cisterciensis ab anno 1116 ad annum 1786*, Louvain, Bureux de la Revue, 8 vols.
- CARNICERO MÉNDEZ-AGUIRRE, JUSTO M. (1992): «Notas acerca de la vida cotidiana en los siglos XII-XIII», en *Actas del Congreso Internacional sobre San Bernardo e o Cister en Galicia e Portugal, 17-20 outubro 1991*, Ourense, Oseira, pp. 877-890.
- CARRERO SANTAMARÍA, EDUARDO (2009): «En torno a san Bernardo. Trama y consecuencias de la retrocapilla de Clairvaux y el culto a las reliquias», en *Actas IV Congreso Internacional Cister en Portugal y en Galicia. Los caminos de Santiago y la vida monástica cisterciense*, Braga-Oseira, vol. II, pp.931-951.
- CASTÁN LANASPA, GUILLERMO (1981): *Documentos del monasterio de Villaverde de Sandoval (siglos XII-XV)*, Colección documentos y Estudios para la Historia del Occidente Peninsular durante la Edad Media, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- CASTIÑEIRAS, MANUEL (2012): «Artiste-clericus ou artiste-laïque? Apprentissage et curriculum vitae du peintre en Catalogne et en Toscane», *Les Cahiers de Saint-Michel de Cuxa*, XLIII, pp. 15-30.
- COLDSTREAM, NICOLA (1998): «The Mark of Eternity: the Cistercians as builders», en David ROBINSON (ed.), *The Cistercian Abbeys of Britain. Far from Concourse of Men*, Londres, Batsford, pp. 35-61.
- CONTEL BAREA, CONCEPCIÓN (1977): *El Cister zaragozano en los siglos XIII y XIV: abadía de Nuestra Señora de Rueda de Ebro*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1977, 2 vols.
- COOMANS, THOMAS (2013): «Cistercian Architecture or Architecture of the Cistercians?», en M. BIRKEDAL BRUUN (ed.), *The Cambridge Companion to the Cistercian Order*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 151-169.
- CHAMPIER, L. (1954): «Cîteaux ultime grande étape de l'aménagement agraire de l'Occident», *Mélanges Saint Bernard. XXIV<sup>e</sup> congrès de l'association bourguignonne des sociétés savantes*, Dijon, Association des amis de Saint Bernard, pp. 255-261.
- D'EMILIO, JAMES (2004): «The Cistercians and the Romanesque Churches of Galicia: Compostela or Clairvaux?», en Terryll KINDER (ed.), *Perspectives for an Architecture of Solitude. Essays on Cistercians Art and Architecture in Honour of Peter Fergusson*, Turnhout, pp. 313-327.
- DE LA CROIX BOUTON, JEAN Y VAN DAMME, JEAN BAPTISTE (1974): *Les plus anciens textes de Cîteaux. Sources, textes et notes historiques*, Achel, Abbaye Cistercienne.
- DE LA FUENTE COBOS, CONCEPCIÓN (1987): «El monasterio de Santa María de Piedra», en *El Cister: órdenes religiosas zaragozanas*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 141-163.
- DE LA FUENTE COBOS, CONCEPCIÓN (1993): *La Vida económica del monasterio de Piedra en la primera mitad del siglo XIV*, Madrid, Universidad Complutense, 2 vols.
- DE LA TORRE, RODRIGO (1992): «Aproximación a os constructores de Alcobaca a través de sus marcas de cantería», en *Actas del Congreso Internacional sobre San Bernardo e o Cister en Galicia e Portugal, 17-20 outubro 1991*, Ourense, Oseira, pp. 835-851.
- DIMIER, ANSELME (1964): *Les moines bâtisseurs: architecture et vie monastique*, París, Fayard.
- DIMIER, ANSELME (1966): «Eglises cisterciennes sur plan bernardin et sur plan bénédictin», en *Mélanges offerts à René Crozet à l'occasion de son Soixante-Dixième anniversaire*, Poitiers, Société d'Études médiévales, II, pp. 697-704.
- DU COLOMBIER, PIERRE (1973): *Les Chantiers des cathédrales: ouvriers, architectes, sculpteurs*, París, Picard [1<sup>a</sup> ed. 1953].
- ESCUDEUR, JAVIER (2016): *Diplomatari de Santa Maria de les Franqueses, 1075-1298*, Barcelona, Fundació Noguera.
- ESPAÑOL, FRANCESCA (1991): «La catedral de Lleida: Arquitectura y escultura trescentistas», en *Actes del Congrés de la Seu Vella de Lleida, 6-9 març de 1991*, Lérida, pp. 184-186.
- ESPAÑOL, FRANCESCA (1996): «El Castillo real de Lleida en época medieval», *Anuario de Estudios Medievales*, 26/1, pp. 442-453.
- ESSER, KARL-HEINZ (1953): «Les fouilles à Himmerod et le plan bernardin», *Mélanges Saint Bernard, Congrès de l'Association bourguignonne des sociétés savantes*, 24, Dijon, pp. 311-315.
- FERGUSON, PETER, J. (1984): «The builders of Cistercian monasteries in twelfth century England», en M. P. LILLICH (ed.), *Studies in Cistercian Art and Architecture*, Kalamazoo, Cistercian Publications, II, pp. 14-29.
- FERNÁNDEZ CATÓN, JOSÉ MARÍA (1990): *Colección documental del archivo de la catedral de León, vol. V (1109-1187)*, León, Centro de Estudios e Investigación San Isidoro.
- FITÉ, FRANCESC (2003): «Els mestres d'obra d'època medieval», en Montse MACIÀ y Joan BUSQUETA (eds.), *La Seu Vella. L'esplendor retrobada. Catàleg de l'exposició commemorativa del 800 aniversari de la col·locació de la primera pedra de la Seu Vella, Lleida*, Barcelona, pp. 51-66.
- FLORIANO LLORENTE, PEDRO (1995-1996): «Colección diplomática del monasterio de Villanueva de Oscos (Segunda serie.— Siglo XIII)», *Britonia: Revista de estudios da Terra Navia-Eo*, 2, pp. 9-70.

- FRANCE, JAMES (1998): *The Cistercians in Medieval Art*, Gloucestershire, Sutton Publishing Limited.
- GARCÍA FLORES, ANTONIO (2010): *Arquitectura de la Orden del Císter en la provincia de Valladolid: 1147-1515*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2010.
- GARCÍA FLORES, ANTONIO (2013): «El maestro Gualterio y Valdediós: notas sobre un maestro itinerante por los monasterios cistercienses del Reino de León durante el siglo XIII», en J. ALBUQUERQUE CARREIRAS (dir.), *Mosteiros cistercienses. História, Arte, Espiritualidade*, Alcobaca, Jorlis-Edições e Publicações Lda, pp. 205-234.
- GARCÍA TURZA, FRANCISCO JAVIER (1992): *Documentación medieval del monasterio de San Prudencio de Monte Laturce (siglos X-XV)*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.
- GEOFFROY DE VENDÔME (1996): *Oeuvres*, trad. y notas Geneviève GIORDANENGO, París, Turnhout, 1996.
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, JULIO (1947): «Un arquitecto de Las Huelgas de Burgos», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 53, pp. 47-50.
- GOÑI GAZTAMBIDE, JOSÉ (1997): *Colección diplomática de la Catedral de Pamplona. Tomo I (829-1243)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, Departamento de Educación y Cultura.
- HALSEY, RICHARD (1986): «The earliest architecture of the cistercians in England», en D. PARK y Ch. NORTON (eds.), *Cistercian art and architecture in the British Isles*, Cambridge, pp. 65-85.
- HALL-COLE, MARGARET, KRUEGER, HILMAR C. Y REYNOLDS, ROBERT L. (1938): *Notai liguri del secolo XII: Guglielmo Cassinese (1190-1192)*, Deputazione di storia patria per la Liguria, Genoa.
- HERNANDO GARRIDO, JOSÉ LUIS, «Las Claustrillas de Las Huelgas, San Andrés de Arroyo y Aguilar de Campoo: los repertorios ornamentales y su eclecticismo en la escultura del tardorrománico castellano», *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte UAM*, 4, pp. 53-74.
- HERRERA, LORENZO (1984-1995), *Historia de la Orden del Císter*, Burgos, Monasterio de Santa María Real de las Huelgas, 6 vols.
- HIGOUNET, CHARLES (1959): «Les types d'exploitations cisterciennes et prémontrés du XI<sup>e</sup> siècle et leur rôle dans la formation de l'habitat et des paysages ruraux», *Geographie et histoire agraire. Actes du colloque international. Annales de l'Est, Mem. núm. 21*, Nancy, pp. 260-271.
- ISIDORO DE SEVILLA (1911): *Etimologías*, ed. Wallace Martin LINDSAY, Oxford, Clarendon Press.
- KARGE, HENRIK (1995): *La Catedral de Burgos y la Arquitectura del siglo XIII en Francia y España*, Valladolid, Junta de Castilla y León.
- KNOOP, DOUGLAS Y JONES, GWILYM PEREDUR (1933): *The Medieval Mason: An economic history of English stone buildings in the Later Middle Ages and Early Modern Times*, Manchester, Manchester University Press.
- JIMÉNEZ ZORZO, FRANCISCO JAVIER ET AL. (1985): «El Real Monasterio cisterciense de Veruela y los monasterios navarros de Fitero y La Oliva: vinculaciones formales y signos de cantero», en *Actas III Coloquio de Arte Aragones. Huesca, 19-21 de diciembre 1983*, Huesca, vol. II, pp.109-128.
- JIMÉNEZ ZORZO, FRANCISCO JAVIER ET AL. (1986): «La construcción del Monasterio de Rueda a través de los signos lapidarios», *Cuadernos de Estudios Caspolinos*, 12, pp. 159-181.
- JIMÉNEZ ZORZO, FRANCISCO JAVIER ET AL. (1987): «Monasterio de Rueda: evolución histórica y marcas de cantería», en *El Císter: Órdenes Religiosas Aragonesas*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 133-141.
- LACARRA, JOSÉ MARÍA (1931): «La Catedral románica de Pamplona. Nuevos documentos», *Archivo Español del Arte y Arqueología*, 7, pp. 73-86.
- LECLERCQ, JEAN (1984): «*Otium monasticum* as a context for artistic creativity», en Timothy Gregory VERDON y John DALLY (eds.), *Monasticism and the Arts*, Syracuse, Syracuse University Press, pp. 63-80.
- LENOIR, ALBERT (1852): *Architecture monastique*, París, Imprimerie Nationale.
- LEKAI, LOUIS, J. (1977): *Los cistercienses ideales y realidad*, Barcelona, Herder.
- LEPSKY, SABINE Y NUSSBAUM NORBERT (2005), *Gotische Konstruktion und Baupraxis an der Zisterzienserkirche Altenberg*. Band I. *Die Choranlage* (Veröffentlichungen des Altenberger Dom-Vereins 9), Altenberger Dom-Verein, Bergisch Gladbach.
- LERA MAÍLLO, JOSÉ CARLOS DE, ET AL. (1998): *Colección diplomática del imperial monasterio de Nuestra Señora de Valparaíso (1143-1499)*, Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo» (C. S. I. C.), Diputación de Zamora.
- LIAÑO MARTÍNEZ, EMMA (2009): «La época del Císter y de las nuevas catedrales en la Corona de Aragón», en María del C. Lacarra Ducay (coor.), *Artes de épocas inciertas. De la Edad Media a la Edad Contemporánea*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 47-102.
- LIAÑO MARTÍNEZ, EMMA (2015): «Catedral de Santa Tecla», en J. Camps y M. Castiñeiras (eds.), *Enciclopedia del Románico en Cataluña: Tarragona*, Aguilar de Campoo, Fundación Santa María la Real, pp. 454-489.
- LIBER SANCTI IACOBI (1951): *Liber sancti Iacobi*. «*Codex Calixtinus*», trad. Aberlardo MORALEJO, Casimiro TORRES y Julio FEO, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia.
- LÓPEZ DE GUEREÑO SANZ, MARÍA TERESA (1998): «La cilla, el pasaje de conversos y el locutorio del cillero», en Isidro BANGO (dir.), *Monjes y monasterios. El Císter en el medievo de Castilla y León*, Valladolid, Junta de Castilla y León, pp. 255-264 [catálogo de la exposición].
- LUCAS ÁLVAREZ, MANUEL Y LUCAS DOMÍNGUEZ, PEDRO (1996): *El monasterio de San Clodio do Ribeiro en la Edad Media: estudios y documentos*, La Coruña, Do Castro.
- LLADONOSA, JOSEP (1970): «Santa Maria l'Antiga i la primitiva canonja de Lleida (1149-1278)», en *Miscel·lània Històrica Catalana. Homenatge al P. Jaume Finestres, historiador de Poblet (+1769)*, Poblet, pp. 85-136.
- LOSCERTELES DE G<sup>a</sup> DE VALDEAVELLANO, PILAR (1976): *Tumbos del monasterio de Sobrado de los monjes*, Madrid, Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural. Archivo Histórico Nacional, 2 vols.
- MARTÍNEZ BUENAGA, IGNACIO (1998): *La arquitectura cisterciense en Aragón (1150-1350)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, CSIC.
- MARTÍNEZ MARTÍNEZ, JOSÉ LUIS (1997): *Cartulario de Santa María de Carracedo, 992-1500*, vol. I., Ponferrada, Instituto de Estudios Bercianos.
- MIGNE, JACQUES PAUL, ED. (1844-1855): *Patrologia Latina*, 217 vols.
- MORTET, VICTOR (1911): *Recueil de textes relatifs à l'histoire de l'architecture et à la condition des architectes en France au Moyen Age, XI<sup>e</sup>— XII<sup>e</sup> siècles*, París, A. Picard et fils.
- MONTALEMBERT, CHARLES-FORBES DE TRYON RENÉ, COMTE DE (1860-1877): *Les Moines d'Occident depuis Saint Benoît jusqu'à Saint Bernard*, París, Simón Raçon et Comp., 7 vols.
- OCÓN ALONSO, DULCE (1997): «El papel artístico de las reinas hispanas en la segunda mitad del siglo XII: Leonor de Castilla y Sancha de Aragón», en *La mujer en el arte español. Actas de las VIII Jornadas de Arte. Departamento de Historia del Arte Diego Velázquez*, Madrid, pp. 27-39.

- POZA YAGÜE, MARTA (2019): «*Humbertus monachus monasterium construxit*. El papel del monje en la construcción del monasterio medieval: aspectos literarios, documentales e iconográficos», en J.Á. García de Cortázar y R. Teja (ed.), *Las edades del monje: jerarquía y función en el monasterio medieval*, Aguilar de Campoo.
- ROMANINI, ANGIOLA MARIA (1990): «Chiaravalle di fiastra e la prima architettura Bernardia» en *Valle del Fiastra tra antichità e Medioevo. Atti del XXIII Convegno di studi maceratesi (Abbadia di Fiastra-Tolentino, 1987)*, Macerata, Studi maceratesi, pp. 163-187.
- ROMANINI, ANGIOLA MARIA (1992): «Bernardo e l'arte», en *Enciclopedia dell'Arte Medievale*, III, Roma, Istituto della Enciclopedia italiana, pp. 416-422.
- SÁNCHEZ AMEIJERAS, ROCÍO (1998): «El cementerio real de Alfonso VIII en Las Huelgas de Burgos», *Semata*, 10, pp. 79-109.
- SÁNCHEZ MÁRQUEZ, CARLES (2015): «Reconstruïu el temple: organització i rols professionals en els tallers catedralicis catalans», *Síntesi, Quaderns dels Seminaris de Besalú*, III, pp. 33-51.
- SÁNCHEZ MÁRQUEZ, CARLES (2017a): «Organización y perfiles profesionales en los talleres catedralicios de la Corona de Aragón», en Manuel Castiñeiras (ed.), *Entre la letra y el pincel. El artista medieval: leyenda, identidad y estatus*, Almería, Círculo Rojo, pp. 221-238.
- SÁNCHEZ MÁRQUEZ, CARLES (2017b): *Bastir la catedral: organización del taller, estatus y rol del artista en el arte medieval hispano (1000-1230)*, Tesis doctoral presentada en la Universitat Autònoma de Barcelona, 2017.
- SÁNCHEZ MÁRQUEZ, CARLES (EN PRENSA): «El perfil del operarius y la administración de la obra en las catedrales hispanas (siglos XII-XIII)», *Anuario de Estudios Medievales*, en prensa.
- SANTACANA TORT, JAIME (1974): *El monasterio de Poblet (1151-1181)*, Barcelona, CSIC.
- TEXIER, JACQUES-RÉMI-ANTOINE (1856) : *Dictionnaire d'orfèvrerie, de gravure et de ciselure chrétiennes, ou la mise en œuvre artistique des métaux, des émaux et des pierreries*, vol. 27 of Migne's Troisième encyclopédie archéologique, París, J.-P. Migne Editeur.
- TOSCO, CARLO (1997): *Architetti e committenti nel Romanico lombardo*, Roma, Viella.
- THOMPSON, HAMILTON A. (1920): «Medieval Building Documents», en *Proceedings of the Somerset Archaeological and Natural History Society*, 66, pp. 1-25.
- UBIETO ARTETA, ANTONIO (1976): *Cartulario de San Millán de la Cogolla (759-1076)*, Valencia, Anubar.
- UNTERMANN, MATTHIAS (2001), 'Forma Ordinis'. *Die mittelalterliche Baukunst der Zisterzienser*, Deutscher Kunstverlag, Munich – Berlín.
- VALLE PÉREZ, CARLOS (1982): *La arquitectura cisterciense en Galicia*, A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2 vols.
- VAN DAMME, JEAN BAPTISTE (1982): «A la recherche de l'unique vérité sur Cîteaux et ses origines», *Cîteaux*, 32, pp. 304-332.
- VIOLLET-LE-DUC, EUGÈNE (1854-1868) : *Dictionnaire raisonné de l'architecture française du XI<sup>e</sup> au XVI<sup>e</sup> siècle*, París, Édition Bance-Morel, 10 vols.
- VITA PRIMA (2015): *Vita prima Sancti Bernardi*, traducida por Hilary COSTELLO, Athens, Ohio, Cistercian publications.
- WAEBER-ANTIGLIO, CATHERINE (1976) : *Hauterive. La construcción d'une abbaye cistercienne au Moyen Age*, Fribourg, Éditions universitaires Fribourg.
- WILLIAMS, DAVID, H. (1998): *The Cistercians in the Early Middle Ages*, Leominster-Herefordshire, Gracewing.
- YARZA LUACES, JOAQUÍN (1991): «La miniatura en Galicia, León y Castilla en tiempos de Maestro Mateo», en *Actas do Simposio Internacional sobre O Pórtico da Gloria e a Arte do seu Tempo*, A Coruña, pp. 319-354.

